
González Gullón, José Luis & John F. Coverdale, *Historia del Opus Dei*, Madrid, Ediciones Rialp, 2021, 700p. ISBN: 978-84-321-5956-5. 35€ 

Introducción. Precedentes. I. Fundación y primeros años (1928-1939). II. Aprobaciones y expansión inicial (1939-1950). III. En los cinco continentes (1950-1962). IV. Consolidación (1962-1975). V. La sucesión del Fundador (1975-1994). VI. La tercera generación (1994-2016). Camino del centenario. *Notas. Índice de nombres.*

El libro que reseñamos es, como es natural dada su ambición totalizadora, un libro muy ambicioso, que encierra tantos hechos e ideas que son muy difíciles de recoger en una reseña al uso en una revista de historia. Por ello hemos decidido limitarnos a los cuatro primeros capítulos, los que narran la vida del Opus Dei durante la vida del fundador, que murió en 1975. En unas ocasiones hemos seguido de forma literal el texto de los autores; en otras hemos sintetizado su trabajo o recurrido a la bibliografía ya existente, muy precisa en algunos asuntos, para evitar reiteraciones. En todo caso, nos ha parecido innecesario, aunque muchos lectores puedan creer que de ese modo damos pie al plagio, citar literalmente todos los párrafos que tomamos del libro.

La metodología aplicada es una metodología histórica que tiene en cuenta aspectos complejos; pero exige también una precisa metodología, propia de la historia religiosa, porque contiene aspectos intangibles relacionados con el misterio de la Iglesia. Como los autores pertenecen al Opus Dei, este estudio refleja también la autocomprensión de las personas de la Obra sobre su identidad, vida ascética y explicación de la doctrina. Desde este punto de vista, estamos convencidos y somos conscientes de que hacemos una afirmación que supera la ciencia histórica: que el origen carismático del Opus Dei manifiesta la presencia de lo divino en la vida de los hombres.

Los primeros capítulos no añaden gran cosa a lo ya sabido hasta ahora. De la infancia del fundador, de su formación y de la llamada divina a la fundación de la Obra u Opus Dei ya estábamos informados desde hace tiempo.

La originalidad del capítulo dedicado a la academia y residencia DYA reside en sus primeros párrafos, en los que se define el origen y el concepto del intelectual. Desde joven Josemaría Escrivá deseaba difundir el Evangelio en el ámbito académico; pero el Opus Dei no había surgido como una idea opuesta a corrientes culturales del momento (Institución Libre de Enseñanza, socialismo, integrismo). Tampoco pretendía solucionar el problema de la escasa influencia de los intelectuales católicos en la sociedad civil española o internacional. El mensaje tenía una raíz carismática y conducía a identificar la propia vida con la de Jesucristo.

El fundador planteó como una prioridad la difusión del Evangelio entre los intelectuales, hombres que, como dijo alguna vez recogiendo la frase de un amigo suyo, eran «la aristocracia de la inteligencia». Comenzar por los intelectuales en el medio más eficaz para alcanzar a todos los estratos sociales. Esta idea se concretaba para los profesores en el logro del mejor estatus académico posible, tanto en la enseñanza superior como en la media. Por lo demás, en cuanto a la Guerra Civil de 1936-1939 y al destino en aquellos



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

años de los miembros de la Obra, este libro no presenta novedades, como tampoco el capítulo II, dedicado a las «Aprobaciones y expansión inicial» (1939-1950).

Cuando Josemaría Escrivá volvió a Madrid en marzo de 1939, no había previsto un plan estratégico general, sino un desarrollo acompasado a las circunstancias del presente. Había establecido algunas prioridades como el restablecimiento de la dirección del Opus Dei, la apertura de una residencia de estudiantes (Jenner), la explicación de su espíritu a estudiantes y licenciados y el relanzamiento de las actividades con mujeres.

Como contaba solo con una docena de personas con poca experiencia, planteó para Jenner una sencilla estructura de gobierno. La actividad personal de San Josemaría en estos años es bien conocida, como lo es también el «salto» de Madrid a las capitales de provincia universitarias.

El 19 de marzo de 1941, Monseñor Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, aprobó, a solicitud del fundador, el Opus Dei como pía unión, que reconocía los fines de la Obra, su estructura de gobierno y organización interna, los tipos de socios, las formas de transmisión del mensaje y la complementariedad de las actividades corporativas y personales. El Opus Dei se definía como una «Asociación Católica de hombres y de mujeres».

En 1945 la Obra había crecido considerablemente. En 1944, con la aprobación canónica de la Santa Sede, se constituyó en la diócesis de Madrid-Alcalá la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz —que Josemaría Escrivá había visto, por una particular moción, mientras celebraba la misa el 14 de febrero de 1943—, definida por sus Constituciones como «una sociedad prevalentemente clerical de varones de vida común sin votos», compuesta por presbíteros y por laicos que se preparaban para el sacerdocio, todos socios del Opus Dei (p. 126). Por primera vez, el Opus Dei se mostraba como un fenómeno pastoral y apostólico compuesto por seglares y presbíteros, con una presencia del ministerio sacerdotal configurada institucionalmente. La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz quedaba unida al Opus Dei, a la asociación de fieles aprobada en 1941, que pasaba a ser su obra propia.

De la sección de mujeres, que empezaba a salir «al tercer intento», habló en aquellos meses el fundador a Encarnita Ortega y a Nisa González Guzmán, asegurándoles que en poco tiempo habría mujeres de la Obra trabajando en todo tipo de profesiones. En una ocasión les comentó las múltiples actividades que llevarían a cabo, algunas corporativas y otras fruto de la iniciativa personal: «Granjas para campesinas; distintas casas de capacitación profesional para la mujer; residencias para universitarias; actividades de la moda; casas de maternidad en distintas ciudades del mundo; bibliotecas circulantes que harían llegar lectura sana y formativa hasta los pueblos más remotos; librerías...Y, como lo más importante, el apostolado personal de cada una de las asociadas, que no se puede registrar ni medir» (p. 115). A ello había que añadir el trabajo de las Administraciones de los centros, porque el fundador consideraba que algunas personas trabajarían para atender materialmente a las demás, con el fin de que las casas de la Obra fuesen hogares cristianos y esas personas «serían tan del Opus Dei como los demás».

Nuevas obras corporativas e iniciativas personales hicieron más visible el Opus Dei ante la sociedad española y, pronto, de otros países —de hecho, varios miembros de la Obra habían viajado antes de 1945 a Portugal e Italia—: el centro Jorge Manrique

RECENSIONES

(Madrid) para mujeres, pronto sustituido por Zurbarán; la residencia de la Moncloa, (Madrid), que «se convirtió en el *escaparate* de una actividad corporativa del Opus Dei, paradigma de vitalidad y de encuentro con gente joven. El centenar de residentes de Moncloa invitaba a sus amigos a que conocieran la residencia y participaran de las actividades de estudio, formación espiritual y ambiente familiar» (p. 133). Lo mismo ocurría con iniciativas similares en diversas capitales de provincia, como Sevilla, Santiago de Compostela o Bilbao.

Un acontecimiento de gran importancia lo constituyó el establecimiento del fundador en Roma, donde ya estaban el catedrático José Orlandis y el doctorando, pronto sacerdote como Orlandis, Salvador Canals. En abril de 1946, un croata refugiado, que estudiaba en el Ateneo Lateranense como Canals, Vladimir Vince, solicitó la admisión en el Opus Dei. Era la primera persona incorporada a la Obra de un país distinto a España.

En febrero de 1946, Álvaro del Portillo llegó a Roma porque el fundador le había pedido que consiguiese para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz un *decretum laudis*, el instrumento por el que se reconocía el derecho pontificio a una institución eclesiástica. Del Portillo acudía a Roma con más de sesenta cartas *comendaticias* o de recomendación de los cardenales y obispos españoles; aprovechó, además, la celebración de un consistorio en el Vaticano para solicitar comendaticias de cardenales de varios países. Con todo, no pudo completar el encargo recibido.

Era absolutamente necesaria la presencia del fundador en Roma, a pesar de su delicado estado de salud. Se alojó en un piso alquilado de la Piazza Città Leonina y, a los pocos días, Pío XII le concedió una audiencia y conversaron sobre la aprobación.

A Italia siguieron otros importantes países de Europa, facilitado por la libertad de culto para la Iglesia en el Occidente europeo. Además de Italia, los países elegidos fueron Portugal y Francia, Gran Bretaña e Irlanda. Entre 1946 y 1948, 30 miembros de la Obra abrieron centros en esos cinco países europeos. Su mensaje cristiano se transmitía así en otros idiomas y se entreveía ya la siguiente fase, que consistiría en la salida hacia el continente americano.

Los inicios en todos los sitios fueron modestos, según las posibilidades del personal. Comenzaron primero los varones, y establecieron centros de la Obra en ciudades con universidades de prestigio internacional, de acuerdo con la idea de llegar a todas las capas sociales a partir de los intelectuales. En cuanto los hombres estaban asentados, las mujeres de la Obra acudían a las mismas localidades.

Las aprobaciones pontificias (capítulo 7) también están bien estudiadas; por lo tanto, no entraré en el asunto. En cambio, que yo sepa, no ha sido estudiada la expansión del Opus Dei por los cinco continentes (1950-1962). Los años cincuenta contemplaron la mayor expansión internacional de la historia del Opus Dei, que no se volvería a producir a un ritmo tan acelerado. Entre 1949 y 1962, los miembros se trasladaron a veintidós naciones para residir establemente.

En una época de difíciles comunicaciones intercontinentales, la aventura de llevar un mensaje espiritual a un país nuevo —y, la mayoría de las veces, desconocido— resultaba atrayente y demandaba audacia. El epistolario los miembros del Opus Dei que viajaron muestra su mentalidad de pioneros. Renunciando a un futuro profesional a veces



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

prometedor, arrojaron sacrificios, ausencia de recursos materiales y, en ocasiones, escaso conocimiento del idioma.

El período 1962-1975 es el de la consolidación, muy influido en sus primeros años por la celebración del Concilio Vaticano II. Entre los datos recogidos durante el tercer congreso general (Roma, 1961), se calculaba que había 5997 socios en la Obra: 3694 hombres (de los cuales 263 eran sacerdotes numerarios) y 2303 mujeres. El 45% eran supernumerarios; y 335 sacerdotes eran agregados y supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. También había crecido la expansión geográfica: se residía establemente en catorce países de América, diez de Europa, uno de Asia y uno de África. La mitad de las personas de la Obra pertenecían a la región de España.

La proporción de miembros de la Obra deseable para el Padre —por cada numerario, dos agregados y ocho supernumerarios— no se realizaba: se cumplía la cadencia de numerarios y supernumerarios, pero, en cambio, hubo menos agregados que numerarios. La llegada de universitarios al Opus Dei en los años treinta, de numerarias auxiliares en los cuarenta, la de agregados y (de modo muy significativo) la de supernumerarios en los cincuenta, y la variedad de actividades desarrolladas en los sesenta, modificaron el panorama, con una presencia de hombres y mujeres de las diversas capas sociales.

Los autores tratan a continuación de la labor fundacional que seguía haciendo el fundador. A continuación, abordan la labor de gobierno dentro de la Obra, en el ámbito universal y regional y toman nota del gran florecimiento de tandas de retiros espirituales y de convivencias de formación en estos años sesenta en todo el mundo. Pero no faltaron las decepciones: el fundador viajó a Grecia sólo para darse cuenta de que en un país ortodoxo no había espacio para la labor de los católicos; y sintió hondamente el caso de las personas que dejaron la institución, que eran pocas y distintas según las circunstancias.

El crecimiento del Opus Dei exigió adaptar la estructura formativa a las necesidades. El fundador recordó que dar doctrina era una de las tres «pasiones dominantes» de los miembros del Opus Dei, junto con la dirección espiritual y el fortalecimiento de la vida de la Obra. La labor formativa incluiría tanto medios individuales como colectivos. Las actividades juveniles se dirigieron también a los alumnos de bachillerato, para los que se crearon entidades y asociaciones culturales, académicas o deportivas: en España, los clubs. La expansión de esas entidades juveniles a todo el mundo fue inmediata.

La llegada al Opus Dei de los primeros supernumerarios en 1947, de agregados en 1950 y de sacerdotes diocesanos el mismo año completó la tipología de personas de la Obra; porque la vocación era una, pero se acomodaba a las circunstancias de cada persona. Los autores desarrollan con extensión la evolución de esas nuevas formas de ser Opus Dei, como también las actividades colectivas o corporativas de la institución desde los años 50: la primera fue el colegio Gaztelueta, de Lejona (Vizcaya), que serviría de modelo para tantos centros de enseñanza en España y fuera de ella. En 1966 surgió, como una *labor personal*, que se extendería por toda España, Fomento de Centros de Enseñanza (FCE), en cuyo grupo promotor estaban dos de los primeros supernumerarios, especialistas además en pedagogía: Tomás Alvira y Víctor García Hoz; en estos nuevos colegios, promovidos por los padres, de la formación religiosa se ocuparía el Opus Dei. FCE se extendió rápidamente por España y encontró respuestas similares en muchos países, sobre todo en Iberoamérica. No por ello dejaron de crearse colegios de enseñanza

RECENSIONES

media que eran obras corporativas: Viaró (Barcelona); Retamar y Tajamar (Madrid); Irabia (Pamplona); Altair (Sevilla) y Xaloc (1964) y Pineda (Hospitalet de Llobregat): varios de ellos se abrieron en barrios obreros e industriales.

El apoyo económico de las actividades procedía tanto de las propias obras corporativas y personales como de los patronatos y sociedades auxiliares; de modo institucional, el Opus Dei era propietario de unos pocos bienes, como la sede central, el santuario de Torreciudad, las iglesias del Señor San José en Sevilla y de Santa María de Montalegre en Barcelona, y las sepulturas de los numerarios y agregados. Ya en 1950 el Padre declaró adscrito a la Obra solo lo estrictamente necesario para la formación y sustentación del clero que no contase con otros ingresos. Para concluir con este capítulo económico, bastará con decir que las regiones de la Obra enviaban a Roma una aportación anual del 10% de los donativos que los miembros del Opus Dei habían puesto a su disposición de las actividades apostólicas; que se atendía diversos modos a las regiones necesitadas; y que en Suiza y en España aparecieron dos iniciativas que serían de gran utilidad: la Fundación Limmat, creada por Toni Zweifel en Zúrich, que ayudó a proyectos de la Obra y ajenos a ella, y la Fundación Hispánica, obra de Luis Valls-Taberner, que financió durante años diversos proyectos de cooperación social con instituciones civiles y eclesiásticas.

En este contexto, los autores abordan el asunto del «mensaje del Opus Dei en el Concilio Vaticano II». Varios documentos conciliares proclamaron aspectos centrales del espíritu del Opus Dei: la doctrina de la vocación universal a la santidad (*Lumen Gentium*), el apostolado de los laicos en medio del mundo a modo de fermento y el valor del trabajo humano (*Gaudium et Spes*) o la misa entendida como el centro y la raíz de la vida espiritual (*Presbyterorum Ordinis*). Pero en los tiempos posconciliares la Iglesia sufrió una crisis aguda, contemporánea a los movimientos contraculturales de mayo del 68. La crisis fue muy profunda y las críticas de algunos teólogos, además de mermar la unidad de la Iglesia, rechazaban algunos de los puntos fundamentales de su doctrina dogmática y, sobre todo, moral. Dos de las encíclicas de Pablo VI fueron duramente criticadas, e incluso rechazadas por muchos: la *Sacerdotalis caelibatus*, que se encontró con la respuesta de miles de secularizaciones en los años setenta; y la *Humanae Vitae* sobre la transmisión de la vida y la moral conyugal, rechazada por quienes se mostraron públicamente a favor de la licitud del uso de la píldora y de otros recursos artificiales para controlar la natalidad.

El seis de octubre de 2002, Juan Pablo II proclamó la santidad de Josemaría Escrivá de Balaguer durante la misa de canonización, celebrada en la plaza de San Pedro del Vaticano. El Papa resumió el ideal del fundador de «elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro», de acuerdo con el consejo: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en “tercer lugar”, acción. No es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad el apostolado reside, ante todo, en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y del verdadero éxito de los santos». Al día siguiente, el entonces prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, celebró una misa de acción de gracias en la plaza de San Pedro. Al concluir, Juan Pablo II recibió en audiencia a los peregrinos. Definió a Josemaría Escrivá de Balaguer como el «santo de lo ordinario», un sacerdote que «estaba convencido de que, para quien vive con una persona de fe, todo ofrece ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. La vida diaria, visto así, revela una grandeza insospechada».



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

José Luis González Gullón es profesor de Historia en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz y miembro del Instituto Storico San Josemaría Escrivá de Balaguer. Especialista en historia religiosa de España y en historia del Opus Dei es autor de libros como *El clero en la Segunda República: Madrid, 1931-1936* (2011); *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)* (2016); *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)* (2018); y *Cronología de José María Escrivá y Albás, Madrid, 1931-1936* (2020). **John F. Coverdale** es doctor en Historia por la University of Wisconsin y doctor en Derecho por la Universidad de Chicago. Ha enseñado Historia de España en Princeton University y en Northwestern University, y Derecho en Seton Hall University y en la School of Law. Entre sus últimos trabajos destacan *Uncommon Faith: The Early Years of Opus Dei* (2002); *Saxum: The Life of Álvaro del Portillo* (ed. original inglesa y trad. esp., 2014; trad. francesa y portuguesa, 2015); *Putting Down Roots: Father Joseph Muzquiz and the Growth of Opus Dei* (2009; trad. española, 2011).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

Universidad
de Navarra

